El polvo que evitaba el vaso

Shyvirelle

La primera vez que Julia vio el vaso, pensó que alguien había limpiado la alacena para gastarle una broma.

La casa de veraneo llevaba seis meses cerrada. Una película de polvo cubría los estantes, los frascos vacíos y el borde interior de las puertas. Solo había una excepción: un vaso de vidrio común, sin dibujos, en el segundo anaquel. Alrededor tenía una franja perfectamente limpia. No era la marca circular de su base, sino una curva más ancha, separada del vidrio por varios centímetros, como si alguien hubiera pasado un dedo sin llegar a tocarlo.

Julia administraba tres casas de alquiler junto al acantilado. Sabía distinguir una gotera de un cristal empañado y un rastro de insecto de una línea hecha por una persona. Aquella franja no tenía huellas de dedos. El polvo terminaba en sus dos bordes con una precisión incómoda.

Sacó el móvil y tomó una fotografía. Después puso una regla junto al vaso. Desde el borde más cercano de la franja hasta la boca del recipiente había exactamente nueve centímetros.

Al abrir la otra hoja de la alacena, el aire movió unas telarañas viejas. No alteró la curva. Julia pensó en llevarse el vaso y limpiar el estante, pero recordó que debía fotografiar cualquier desperfecto antes de preparar la casa para los huéspedes. Se subió a un taburete y lo tomó por la parte alta, cuidando de no rozar la superficie polvorienta.

El vaso pesó más de lo que esperaba.

Lo había visto vacío. Ahora contenía agua hasta un dedo del borde.

No oyó un chorro, no sintió humedad en sus manos. La pared interior estaba empañada y una gota resbaló hacia la base. Julia bajó del taburete muy despacio. Colocó el vaso en el fregadero y observó el agua durante un minuto entero. No hizo nada extraordinario.

Se convenció de que antes había mirado mal. Vació el contenido y regresó a la alacena. La franja seguía intacta, con su hueco central de nueve centímetros. En el lugar donde había estado el vaso quedaba un círculo sin polvo, el único rastro esperable.

A media mañana llamó a la propietaria. Le preguntó, sin mencionar el agua, quién había usado la casa por última vez.

—Mi tío Esteban, antes de vendernos su parte —contestó ella—. Se marchó de aquí con mucha prisa. ¿Ha dejado algo suyo?

—Solo un vaso.

—Entonces tíralo. Ya tendremos vasos.

Julia no lo tiró. En una casa vacía, un objeto que se llena sin que nadie lo toque es un problema de cañerías hasta que se demuestra lo contrario. Revisó la llave general, los grifos y el techo de la alacena. Todo estaba seco. Ninguna tubería pasaba por aquella pared.

Probó otra cosa: dejó el vaso vacío sobre el mismo círculo limpio y lo levantó de nuevo, verticalmente, sin tocar la franja. Regresó lleno. La segunda vez el agua no llegó tan arriba; su nivel se detuvo a dos dedos del borde, como si el vaso recordara una cantidad indecisa.

Julia trazó en una hoja las dos posiciones del vidrio y la franja. No había cambiado el diámetro de esta última. Pensó entonces en su propio cuerpo: cuando uno lleva un vaso a la boca, hay un instante en que decide si beber. El vidrio queda suspendido a una distancia de los labios. Nueve centímetros le pareció demasiado para un sorbo, pero suficiente para una vacilación.

Antes de hacer la siguiente prueba, dejó que el polvo sedimentado en un estante contiguo le sirviera de testigo. Allí apoyó una taza de plástico que encontró en la cocina. La levantó y la dejó: no apareció agua, y tampoco surgió ninguna línea. La anomalía no era una propiedad de los recipientes.

Volvió al segundo anaquel. Con la punta de una cucharilla interrumpió apenas dos centímetros de la franja limpia, arrastrando polvo sobre ella. Luego depositó el vaso vacío en su círculo y lo alzó. El cristal continuó vacío.

Era una prueba demasiado simple para dejarla tranquila. Había roto una señal que parecía esperar un gesto. ¿Y si la línea no estaba allí para el vaso, sino para la persona que se había detenido frente a él?

Julia acercó la cara al vidrio sin beber. A nueve centímetros del borde sintió una corriente fría y retrocedió. Sobre la madera, el pequeño hueco que había abierto con la cucharilla comenzó a despejarse. Los granos de polvo se separaron lentamente, sin viento, y reconstruyeron la franja.

No fue el agua lo que la asustó. Fue la paciencia del movimiento.

Se alejó de la alacena, abrió las ventanas y esperó en el porche hasta que el sol dejó de dar sobre los escalones. No iba a pasar la noche en la casa. Podía dejar la llave en la agencia, cerrar la puerta y contar que algo inexplicable le había impedido terminar el trabajo. Pero la primera familia llegaría dos días después. Un niño curioso habría tomado aquel vaso.

Regresó con una bandeja ancha de metal y un paño. No volvió a inclinarse sobre el estante. Desde un costado, metió la bandeja por debajo del vidrio. El filo atravesó la franja sin polvo, arrastró la película de polvo hacia el centro y dejó una marca opaca de lado a lado. Solo entonces hizo deslizar el vaso sobre la bandeja.

No se llenó.

Lo transportó a la mesa de la cocina. La bandeja estaba seca. El vaso también. Julia lo envolvió en el paño sin mirar dentro, lo guardó en una bolsa y cerró el armario. Barrió la madera hasta que no quedó ningún borde limpio capaz de conservar una distancia.

Al salir, vio su reflejo en la ventana. Tenía la mandíbula apretada y los labios entreabiertos. Durante toda la tarde había repetido el pequeño movimiento de llevar la mano hacia la boca y detenerse. Lo había hecho incluso sin sostener nada.

Decidió no repetirlo. Soltó la mano, respiró hondo y recogió la bandeja para llevarla al cuarto de limpieza.

Entonces vio dos manchas pequeñas en el metal. Eran óvalos de vaho, separados apenas por el espacio de dos bocas que hubieran exhalado sobre la superficie. Una mancha se disipó. La otra permaneció.

Desde el centro de la bandeja avanzaba una franja seca, nítida sobre el brillo del metal. No rodeaba ningún vaso: se estrechaba al acercarse al borde y apuntaba, con una exactitud miserable, hacia la altura de los labios de Julia.

Ella dejó la bandeja en el suelo. No se inclinó para recogerla.